

CUANDO VIAJAN LAS ESTRELLAS

La noche transcurría apacible en la quejumbrosa ciudad, la lluvia había cesado de caer y el frío azotaba a los sonámbulos transeúntes, algunos de los cuales abandonaban sus habituales sitios de trabajo, mientras otros con pasos zigzagueantes apoyándose de rejas, puertas y paredes bajo el efecto del licor, deambulaban en busca de un cálido techo o en pos de un amor de verano, el ramaje de los mustios árboles danzaba con las sombras que proyectaban las titilantes luces de los faroles qué como tímidas estrellas se asomaban al ventanal de la noche para navegar en el mar de las penumbras.

Aquí y allá en lechos improvisados observábanse apretujados como débiles tórtolas, enjambres de criaturas, pasando las horas en espera de un nuevo día tan estéril como el anterior, los que tenían como vecinos a mendigos que yacían en medio de enormes fardos, plenos de objetos inservibles como su propia vida; a su vez los unos y los otros libres de las preocupaciones de la ciudad cárcel.

En este escenario y cuando las almas sueñan envueltas y hechizadas, un perro vagabundo, huérfano de todo, pero rico en pulgas y cicatrices, olfateó un tarro de basura adelantándose así a sus congéneres rivales.

A causa de la acción del can, el tarro se volteó esparciendo su contenido, observándose entre los desechos un niño recién nacido envuelto en harapos, el que al despertar rompió en llanto. El perro estupefacto ante tamaño hallazgo, tiró de los trapos y lo separó de la mugre, latiéndole como queriendo jugarle, pues la criatura movía sus manitas y pies a causa del frío y del hambre como es lógico concluir.

Los ecos de los gemidos del niño atrajeron a una camada de gamines quienes al pensar que el perro atacaba al mismo, se dirigieron al sitio para aclarar el asunto. Atónitos no sabían que hacer ante aquella escena, pero al fin el más decidido de estos lo tomó entre sus brazos y a su destartalada mansión lo llevaron.

Al rayar el alba y ante tamaño problema hubo concilio entre los pelafustanes para determinar el camino a seguir; primaba alimentarlo, compraron tetero, pañales, jabón y otros menesteres; se valieron de una pordiosera como asesora en tal emergencia, la que cumplió a cabalidad con sus funciones con la doble intención de apoderarse del párvulo.

Ante las pesquisas de la autoridad, el chiquillo fue escondido, pero posteriormente localizado; les fue arrebatado y llevado a una salacuna. Los jovencitos urdieron un plan para recuperar el preciado botín, lográndolo a la perfección y esta vez a las montañas lo trasladaron en compañía del perro, pues este se creía el auténtico dueño.

El infante crecía lleno de salud y talento, saboreó en la escuela de la vida los azares de esta; recibiendo el nombre de Nicolás.

Nuevamente intervino la autoridad, pero en esta ocasión los jóvenes apelaron a la ley sosteniendo ser ellos los padres putativos del niño, la justicia se vio en apuros e inclinó la balanza a su favor.

El grupo decidió entregarlo para su educación a un centro de menores, regentado por un venerable sacerdote que pronto vislumbró en él condiciones excepcionales dada su inteligencia, capacidad física y nobleza de corazón.

El joven dominó las letras y el deporte sobradamente, feliz recibía de visita a sus benefactores ya mayores que no lo olvidaban y quienes integraban un núcleo de abnegados servidores de la comunidad, ya que algunos de estos habían logrado superarse en gran manera.

Nicolas atraído por la vocación sacerdotal, se le vio lucir la sotana del clérigo romano, siendo consagrado ministro del Señor en la propia capilla de la casa de menores, ante los ojos de sus antiguos protectores. El perro no pudo asistir... Había muerto.

El siervo del Altísimo fue destinado al hogar donde él se levantó a colaborar con el padre Genaro, ya anciano y quien con el correr de los días, le hizo entrega al dinámico levita de las riendas del instituto y su alma al Todopoderoso.

Aquel grupo de empresarios y el padre Nicolás le imprimieron a la cofradía gran progreso que superó todas las expectativas.

La ciudadela y el país sintieron el favor de su benéfica acción. Nicolás no olvidaba su ayer, siendo la modestia y el amor al prójimo su identidad preferencial.

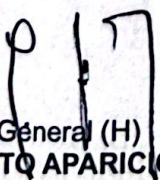
Un día de tantos su reverencia fue citado a Roma por su santidad el PAPA, grande fue su sorpresa y asombro apreciado lector, al recibir la exaltación a la dignidad episcopal, posición que él humildemente rehusó y hubo de aceptar en razón a la obediencia.

De regreso al país fue grandiosa la recepción, las calles vierónse atiborradas de niños, jóvenes, ancianos, prelados y autoridades que honores le rindieron, las campanas rompieron el silencio de aquel lugar y los acordes del himno patrio cruzaron el espacio, bandadas de palomas surcaron el cielo en señal de paz y de bien.

El ilustrísimo señor obispo con el corazón martillándole en el pecho, continuó su apostólica misión como el carpintero de Nazareth, nombre dado a la ahora ciudadela presidida por una comisión de importantes miembros de la comunidad, de los que cabe traer a la memoria al arquitecto Antonio, al médico Enrique, al letrado Jorge y al hacendado Fabio. Arturo y Carlos ya habían partido hacia la eternidad.

Fallecido que hubo el purpurado Nicolas en olor de santidad, su nombre como su apostólica labor acreditaron que fuera inscrito en la sonora nómina de los bienaventurados.

Así son las cosas cuando son del alma.


Brigadier General (H)
HUMBERTO APARICIO NAVIA

Santiago de Cali, 15 de septiembre de 2.025.